**Lunes XXVI del TO**

27 de septiembre de 2021

****Zac 8,1-8

Sal 101
Lc 9, 46-50
*P. Eduardo Suanzes, msps*

La Primera Lectura de Zacarías es impresionante. Asistimos a una declaración de amor de Dios por su pueblo en toda regla: «*Yo siento por Sión un amor ardiente y celoso, un amor celoso que me arrebata*» Dios es arrebatado por ese amor que siente por el hombre; es decir, Dios es atraído, asumido, embelesado, arrobado, está fuera de sí (que eso significa estar arrebatado), está sumergido irremediablemente en el amor que siente por el ser humano. Decir esto es fácil, comprenderlo, darse cuenta de lo que significa, es otra cosa muy distinta. Aún más: vivirlo es la clave de la felicidad del ser humano. Yo creo que esto es lo que experimentó Jesús en su bautismo cuando los cielos se abrieron y se escuchó la voz del Padre: «*Éste es mi hijo, mi amado…*». Toda la vida de Jesús la vivió desde la experiencia de saberse el Amado del Padre. ¡Qué gracia tan impresionante el vivirse desde esta experiencia! Toda la vida se ilumina y las salen todas las cuentas; y a pesar de los avatares y golpes de la vida, la paz no desaparece del corazón.

Continúa diciendo Dios en Zacarías que como siente ese amor tan genuino e implacable[[1]](#footnote-1), habitará en el centro de nuestro corazón y seremos santos para Él. La paz inundará los entresijos de nuestra interior y hasta los sótanos más oscuros de nuestra alma se verán iluminados de la misma tranquilidad que se proyecta en una plaza en la que pululan los ancianos y los niños. Nada es imposible para él y esto lo realizará en nuestro corazón. Y seremos definitivamente suyos y Él, nuestro.

Me parece este texto uno de esos sobre el que hay que dar vueltas y vueltas en actitud orante.

Con el evangelio de hoy la Liturgia «nos pone a prueba» pus es difícil no repetirse, ya que el texto de hoy es la versión lucana de la de Marcos de los dos últimos domingos, sobre las que hemos reflexionado ampliamente. Intentémoslo.

Para empezar conviene tenerlo claro. El texto no comienza como dice la Liturgia: « un día surgió en entre los discípulos una discusión…». Porque leído así, parece que de pronto, un día, sin venir a cuento, sucede lo que sucede. No. Jesús, como sabemos acaba de anunciar por segunda vez su pasión y «*entonces surgió una discusión entre ellos sobre quién era el mayor entre ellos*». Esa es la secuencia de las cosas, la verdad pura y dura, en toda la crudeza del relato.

Fíjense en la escena: una discusión; lo que implica subidas de tono, palabras altisonantes. Cómo me gustaría saber los argumentos de unos y otros. Y eso, delante de Jesús. Porque el texto en griego, una vez más no dice, como lo hace la Liturgia: «dándose cuenta Jesús de lo que estaban discutiendo…». Es mucho más fuerte lo que el texto griego dice: «*Jesús, sabiendo la discusión del corazón de ellos…*». Con estas palabras Lucas traslada el debate al corazón de cada uno de ellos, en donde residen los deseos y anhelos de las personas. No es ni siquiera una discusión intelectual: es una que implica lo más íntimo de cada uno de ellos. Además, Lucas nos está diciendo que Jesús, como Dios mismo, sondea los corazones.

Luego señala Lucas el gesto simbólico de Jesús es dos tiempos: toma a un niño y lo pone a su lado, a diferencia de Marcos que lo pone en el centro del grupo. Al poner al chiquillo junto a Jesús Lucas está expresando una elección y un privilegio.

Sin la palabra, un gesto simbólico resulta ambiguo. Por eso Jesús, como los antiguos profetas, ofrece la interpretación al mismo tiempo que el signo. Lo curioso es que la primera parte de lo que dice Jesús no tiene que ver con el «ser grande siendo niño», como uno esperaría, sino sobre ***quién*** recibe y acoge al niño: el que recibe al pequeño en nombre de Jesús, como si fuera Jesús mismo, recibe al mismo Jesús y al Padre que lo envió. Jesús, por tanto, se identifica a sí mismo y a su Padre con el último, con lo pequeño, simbolizado en el chiquillo. Y entonces da explicación con la segunda parte: así las cosas acoger a lo pequeño (Dios se hace pequeño), hacerse e identificarse con lo pequeño, es identificarse con Dios, que es lo más grande[[2]](#footnote-2).

1. Considerar aquí el término “implacable” como lo que realmente significa: que no se puede aplacar, que es constante, intenso, inmedible, que nunca nos deja ni por un instante…que no mengua, etc… [↑](#footnote-ref-1)
2. Cfr. François Bovon. *El Evangelio según San Lucas. Vol. I*. Ed. Sígueme. Salamanca, 1995 [↑](#footnote-ref-2)